

Director: LIC RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Ahora que la Opera se despidió de nosotros, puede hacerse el balance de las obras que agradaron más en la temporada, y que indican ya, muy á las claras, que, en materias artísticas comenzamos ya á tomar definitivamente el camino del buen gusto: *Mignon*, *Carmen*, *La Bohémia*, Ah! particularmente *La Bohémia*!

Muchas veces me he preguntado: ¿á qué se deberá este delirio nuestro por la tierna ópera de Puccini? A la música, dulce y suave como el suspiro de un enamorado? Ciertamente que sí. Mas, antes que todo, y sobre todo, quizá, á la letra, al episodio, á la historia de esos muchachos cándidos y audaces que fueron nuestro ideal á los veinte años, y de quienes llevamos alguna muerta esperanza en el rincón de nuestras memorias juveniles. ¿No os parece?

Recordad la alegre y patética á un tiempo, la tragi-cómica aventura.....

—Tan..... Tan.....

He aquí que tocan en la noche en la bohemia de los bohemios. ¿Quién será? El poeta se había quedado solo, y pensaba en muchas cosas melancólicas y en muchas regocijadas.

—La juventud pobre es una ánfora de risas y de lágrimas.—Los amigos no son, de seguro; esos no tocan atropelladamente; juran y blasfeman, y como pilluelos, saltan y corretean por los pasillos. La banda-banda bulliciosa, acaba de salir, ebria de dicha, rumbo á la fiesta callejera.

Los amigos no son. ¿Será la Musa? Esa tampoco: cuando llega, entra por la ventana en una ráfaga de luna, y, plegando las alas, se acerca á la mesa de trabajo, para decirle mil locuras al rimador, que él entretiene en las púas de cristal de sus canciones.

—Soy yo, vecino, ábrame usted; el viento apagó mi luz. Me haría usted la gracia de dejar que en la suya encienda la mía?

—Ah! es una mujer.—Entre usted, Señorita; nó, no importuna. Pero... ¿qué le sucede? Se pone usted pálida. La fatiga de la escalera; lo comprendo, se turba! Se desmaya! Dios mío, qué conflicto! Le rociaré con agua el rostro. Bah! Vuelve en sí. ¿Qué bella criatura!

—Muchas gracias, señor.

Y la muchacha enciende la luz y abre la puerta y se va: pero el viento—soplo picaresco—está muy alegre y se entretiene en hacer oscilar las dos llamas, la de él y la de ella, que, imprudentes, por verse los ojos se olvidan de las candelas. Tanto aletean las llamas por el pábilo, que al fin se apagan y quedan en plena obscuridad los distraídos. ¿Qué hacer?

La vecina se atilje. ¿Dónde dejó la llave de su cuarto? ¿Dónde? Y, á tientas, entre la sombra, se ponen á buscarla por el suelo. El la encuentra pronto; mas le ha entrado la tentación, y, para retener á la muchacha, oculta el objeto en la bolsa del gabán..... De repente se encuentran las manos

—¡Oh, qué manecitas tan lindas, murmura el pícaro.

—¿No parece? pregunta ella.

—No. La luna está cubierta por las nubes y ni á su claridad podemos recurrir. Esperemos un poco. Dentro de un momento alumbrará de nuevo y buscaremos. La ventana está abierta.

Y en espera de que salga la luna, se ponen á charlar: una charla en medio de las tinieblas, en una noche de primavera, una charla al principio frívola é insignificante, que llega al capítulo de las confidencias.

Las palabras comienzan á ser confusas, llenas de reticencias; la voz baja; las frases se alternan con suspiros. Las manos, que se encuentran, concluyen el pensamiento que del corazón sube á los labios,

Por fin sale la luna. Pero ellos ya no quieren hallar la llave. Se han dicho las mil y tres tonterías del amor. Están en éxtasis. De pronto, se oyen abajo los gritos de los camaradas.

—Eh! Rodolfo, Rodolfo!

El poeta se asoma.

—Allá voy!

Mimi, entre risueña y turbada, se atreve, después de vacilar un instante:

—¿Y si fuese con vosotros?

—Pues, ven, Mimi.

Y así comienzan estos amores vulgares y sencillos, este idilio callejero, este poema tierno, al aire libre, en que los héroes son una griseta y un estudiante, una joven que hace flores de trapo y un poeta que rima sus fantasías y sus ensueños. A modo de coro griego, acompañan esta pasión, los bohemios, los vi-vidores de esta existencia encantadora y terrible que Henry Mürger idealizó en su viejo libro: *Schaunard*, *Marcelo*, *Colline*, *Mussette*, en primer término, y en el fondo todo el barrio latino, con sus grisetas, sus cafés, sus callejas sombrías, sus casas altas, asimétricas, grises: sus tejados, láminas de un negro podrido que borra y blanquea la nieve en el invierno.

Es el París de 1830, el París de Musset, el alegre é inquieto París que tanto amaron los románticos, el París por el que suspiraba Theo, veinticinco años después en el granero de los Goncourt.

Rodolfo y Mimi se aman al fin, á la buena de Dios, sin más cadenas que las de sus brazos, y sin más pacto que el que con sus besos sellan noche á noche, sobre los labios.

Pero Mimi está condenada á ser, como dijo el poeta latino: amada de los dioses. Morirá joven. *Los alfileres del frío* se le clavaron en el pecho, y por allí se le va á escapar la vida cuando se despida el Otoño, y calga de los árboles melancólicos la lluvia de oro de las hojas amarillas.

La pobreza le ha hecho mucho daño á este ángel de buhardilla que, á la vez, reza oraciones y cantacoplas, y en cuyo corazón piadoso y puro, cayó, gota á gota, la malicia. Rodolfo es celoso y Mimi coqueta. Su amor, como el mar, tiene flujo y reflujo. Se juntan y se rechazan, pero sin herirse jamás. Son dos tiernos.

Un día Rodolfo le hace una confidencia á Marcelo:

—Mimi está enferma: se me va. Mas su amor se ha ido antes que ella: no me ama ya.

Y, Mimi que lo oye, le dice:

—¿Eres celoso? Pues bien: amémonos todo este invierno. En primavera nos separaremos.

Y él acepta.

Cuando Mimi torna al nido de los bohemios, vuelve sólo para morir. Quiere espirar entre ellos. Su corazón latirá por última vez, allí arriba, en el cuarto de los estudiantes, bajo el techo de Rodolfo, en la atmósfera que aún está llena de cariños: allí es donde el viento, el frío y travieso viento, ¡ay! y también cruel, y también infame, apagó, primero su luz y después su juventud y su vida.

Y Mimi espira como lodessa: con un postrer capricho de coqueta, pidiendo un manguito para cubrirse las manos que tanto mordió el aire del invierno y besó Rodolfo.

Los bohemios rodean el lecho de aquella virgen encanallada que se transfigura en querub. Por bajo del corpiño de la *coiffe* se abren dos alas. La aventura termina unciolosamente. La existencia de esos muchachos, vaso de vino, de ideales y de risas se llena de lágrimas. En el nido de las canciones se han abrigado los sollozos.

¿No es verdad que la sugestión de esta historieta, bordada con suaves melodías, es la que perdona sobre todo, las otras impresiones de la temporada?

Hugonotes, la grande y divina obra, maravillosa de inspiración y de fuerza no entra en nuestro espíritu como esta *Bohémia*, sutil y delicada. Es claro! La una sorprende y fascina: está lejos de nosotros y la vemos aparecer como una grandiosa pintura decorativa. Es un soberbio cuadro histórico, hecho á la manera de Kaulbach, con muchas figuras, muchos grupos, muchos brillos de seda, y un profundo y luminoso horizonte.

La obra de Puccini no es así; es un lienzo pequeño; un cuadro de género, pintado á la Meissonier, exquisito de sinceridad y ternura... pero cómo acaricia la vista y el corazón, y cómo, en viéndole, se agitan en nuestra memoria todos los buenos recuerdos y humedece nuestros ojos una tímida lágrima!

Nos queda el Circo; los saltimbancos, las fieras amaestradas y... Bell, Bell sobre todo, la risa sana, el clarín de la alegría.

Dime, Ricardo Bell, tú no has de haber leído las *Doloras de Campoamor*, aunque quién sabe, porque á veces me parece que eres instruido y culto. Pues si las has leído acuérdate:

Así, de prisa, de prisa,
Todo al vuelo, todo al vuelo....

Cualquiera diría que eso lo dijo el poeta mirándome escribir estas cuartillas. Yo quisiera hacer un libro sobre tí, porque lo mereces; y mira, sólo puedo dedicarte estos cuantos renglones. Has sido el héroe de los espectáculos en esta semana. Eres el juguete para los niños y la risa para el pueblo. Tienes el más amable de los talentos: el de la alegría.

En la calle, cuando te veo, me asalta la sospecha de que estás triste y me entra una invencible curiosidad de preguntártelo: quisiera viajar por tu alma.

Eres inimitable pegándote cachetes, pero, además, eres un observador profundo: haces intencionadas caricaturas sociales. Tienes algo de Ursus. Tu mímica revela tu ingenio en la pantomima: no necesitas hablar para comunicarte con nosotros.

¿Qué desgracia, mi amado Bell; mira lo que es la suerte; debías ser Talma y eres Payaso!

Mas... confórmate; hay desdichas semejantes á la tuya; mayores si se quiere, porque no tienen, como tú en cada temporada, un *doble beneficio*.

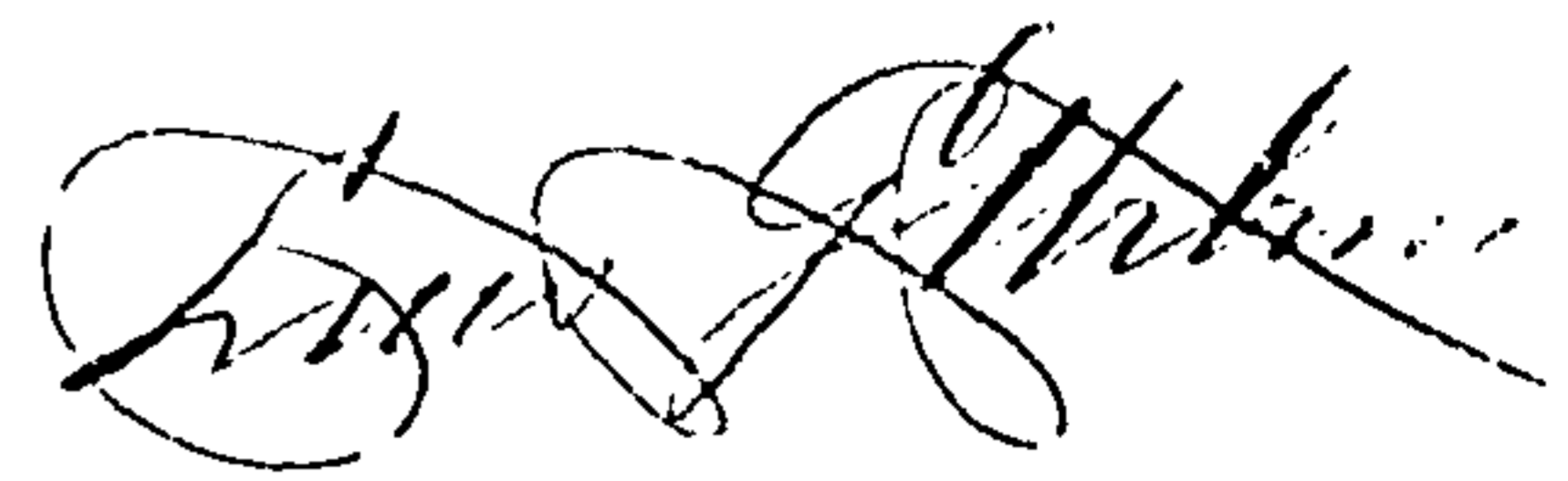
El Mundo publica hoy un cuento, el primero del libro «Cuentos de Color» de Manuel Díaz Rodríguez, escritor venezolano, pulcro en la dición y hondo en el pensamiento. Ese estilo suyo, limpio y resplandeciente como diamante de aguas puras, es el ropaje de una fantasía pródiga en sueños. Díaz Rodríguez es un cul-

to espíritu. Sus *Sensaciones de viaje* y sus *Romertias*, dan idea de una vida un poco vagabunda y melancólica. Recuerdan el verso del poeta:

Errar de clima en clima es un instinto
en ciertos genios como en ciertas aves.

Leed el *Cuento azul*; es delicioso. Ved que Díaz Rodríguez es un amigo más para hacernos *confidencias de Psiquis*.

¡Y hay tan pocos amigos buenos en la vida!



Politica General.

RESUMEN.—OTRA VEZ FRANCIA E INGLATERRA.—SEGURIDADES DE AYER Y TEMORES DE MAÑANA.—UNA DECLARACION DE M. LOCKROY.—LA GUERRA INEVITABLE.—RIVALIDADES COLONIALES.—LUCHA DE INTERESES.—EL PROBLEMA DE LA MARINA INGLESA.—PREPARATIVOS DE FRANCIA.—LA CONFERENCIA DEL DESARME.—SU FRACAZO PROBABLE.—LA NAVEGACION SUBMARINA.—NADIE RENUNCIA A SUS VENTAJAS.—LA LUCHA DE LOS PUEBLOS Y LA SELECCION NATURAL.—A ULTIMA HORA LA MUERTE DE M. FAURE.

A pesar de todas las seguridades que mutuamente se dan en lo oficial los gabinetes de Londres y París, proclamando ante el mundo la buena armonía de sus relaciones y el desvanecimiento de todos sus temores por las dificultades pasadas, síguese trabajando con inusitada actividad en los astilleros y arsenales de la Gran Bretaña y de Francia. Háblase de ciertas declaraciones atribuidas á M. Lockroy, ministro de marina en el gabinete de M. Faure, en las cuales se asegura la posibilidad de una guerra franco-inglesa en el transcurso de dos años.

Es que la derrota diplomática por el asunto de Fachoda no se ha olvidado en Francia; es que la dolorosa retirada de Marchand ha dejado profunda huella en el pecho de los patriotas, y la política de «alfilerazos» que los ministros ingleses han achacado á Francia no ha dejado de ejercerse por la misma Inglaterra, contra su vecina y rival; y en Egipto, en Terranova en el Extremo Oriente, en todas partes donde concurren intereses de los dos países, se exaltan las rivalidades, se avivan los odios, despiertan las ambiciones, y un incidente cualquiera puede dar ocasión á la ruptura de hostilidades.

Mal prevenidas las dos potencias rivales, concurren continuamente en sus tendencias y estorbándose en el desarrollo de su política colonial, no es difícil prever que las dificultades ocurridas á fines del pasado año continuarán sin interrupción, se sucederán unas después de otras, y en plazo no lejano estallará el rompimiento quizá por el motivo más fútil.

La Gran Bretaña no ha de cejar jamás en sus pretensiones de dueña y señora de los mares; su orgullo tradicional la ha de llevar constantemente á pasear su pabellón triunfante por todos los ámbitos del globo; sus poderosas escuadras, que fatigan las ondas de todos los océanos, nunca soportarán que una rival se alce frente á ellas; las tendencias todas del gobierno británico han sido siempre, y serán en lo sucesivo, poder oponer con ventaja sus flotas en los mares á cualquiera combinación de escuadras enemigas.

La marina francesa ha tomado un vuelo inusitado; ha merecido preferente atención de todos los gabinetes republicanos; los partidos todos se esmeran por darle mayor brillo, no para satisfacer morbosas insinuaciones del orgullo, sino para defender las numerosas colonias cada día más florecientes, donde se derrama la actividad de la patria francesa, buscando en sus energías, mercados á la producción y materiales para la industria. Semejante desarrollo no puede ser visto con indiferencia por Inglaterra que siente de rechazo los efectos de ese desarrollo en la rebaja de sus operaciones mercantiles. Menos inquietantes para ella son los avances de Rusia sobre el territorio chino, la inundación de los mercados con la industria alemana, la competencia que le hace en las plazas de Oriente la producción japonesa; la alarman menos todos estos elementos que merman su explotación en territorios remotos y apartados, menos inquietantes son todos estos elementos, que el progreso de la marina francesa, y por tal motivo no sería de extrañar que, en un momento dado, hiciera explosión ese amontonamiento de materias combustibles que lentamente se han acumulado entre los intereses reales y positivos de Francia é Inglaterra.

La agitación interior de Francia, las amenazas de la reacción monárquica, las manifestaciones patrió-